

El *Quijote* en los autores latinoamericanos Lizardi, Febres Cordero y Alberdi

Strosetzki, Christoph

First published in:

Insula : revista de letras y ciencias humanas 700-701 (2005), p. 29-31

ISSN: 0020-4536

CHRISTOPH STROSETZKI /
EL QUIJOTE EN LOS AUTORES
LATINOAMERICANOS LIZARDI, FEBRES
CORDERO Y ALBERDI

Desde Miguel de Unamuno el concepto de Quijotismo se ha venido utilizando como símbolo de la Hispanidad. Su valor espiritual se acentuó especialmente como contrapeso a la pérdida de las colonias españolas en América. Junto a este Quijotismo de la identidad, en el siglo XIX se desarrolló uno literario que tomó la novela de Cervantes *Don Quijote* como punto de referencia de los novelistas. Por una parte, unos se esforzaban en alcanzar el modelo o imitarlo parcialmente; por otra, otros se servían de su mayor conocimiento de la obra para distanciarse paródicamente.

Imitación latinoamericana: Fernández de Lizardi

La obra *El Periquillo Sarniento* se considera la primera novela latinoamericana. Su autor, Fernández de Lizardi, la publicó en 1816, después de haberse dado a conocer como periodista bajo el seudónimo de «El pensador mexicano». La novela muestra, especialmente en sus detalladas digresiones didácticas (1), numerosas influencias,

como por ejemplo, de la Biblia, de la *Utopía* de Tomás Moro (2) y de *Télémaque* de Fénelon (3); también está claramente influida por las novelas de caballerías y por *Don Quijote*.

En su «Apología del *Periquillo Sarniento*» Lizardi se defendía ante los ataques de un crítico: su legitimación la realizó comparando constantemente su novela con el *Don Quijote*. Su modo de representación realista, el cual no provocaba curiosidad en el lector, no se diferenciaría del de Cervantes: «Mas yo, con su licencia, tomo el *Quijote* de Cervantes, la obra maestra en clase de romances, y no veo en su acción nada raro, nada extraordinario, nada prodigioso. Todos los sucesos son demasiado vulgares y comunes, tales como pudieran acontecer a un loco de las circunstancias de don Alonso Quijada» (4). Asimismo, las numerosas inserciones moralizantes las justificaba con la alusión a don Quijote: «Don Quijote también moralizaba y predicaba a cada paso, y tanto que su criado le decía que podía coger un púlpito en las manos y andar por esos mundos predicando lindezas» (5). Que Lizardi en sus justificaciones aluda continuamente al *Don Quijote* muestra hasta qué punto esta obra era para él el modelo y patrón.



(1) Sobre la influencia de la didáctica ilustrada en Lizardi, *vid.* Annie de Faria, «A propos de Feijóo et de Lizardi», *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice*, 1975, pp. 169-184.

(2) *Vid.* Hinrich Hudde y Fernández de Lizardi, «Literarische Utopie an der Schwelle der Unabhängigkeit Mexikos», *Literaturwissenschaftliches Jahrbuch*, núm. 27 (1986), pp. 253-267.

(3) *Vid.* Christoph Strosetzki, «Fénelon et Fernández de Lizardi. De l'absolutisme au libéralisme», *Oeuvres et Critiques*, vol. XIV, núm. 2 (1989), pp. 117-130.

(4) Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, Barcelona, Ramón Sopena, 1980, p. 14; sobre la descripción de la realidad social, *vid.* J. R. Spell, «Mexican Society as seen by Fernández de Lizardi», *Hispania*, vol. VIII, núm. 3 (mayo 1925), pp. 145-165.

(5) Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, op. cit., p. 15.

(6) José Joaquín Fernández de Lizardi, *La Quijotina y su prima*, México, 1973, 2.ª ed., pp. 166 y ss.



CHRISTOPH
STROSETZKI /
EL QUIJOTE...

(7) Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*, Bogotá, 1960, p. 36.

(8) *Ibid.*, p. 47.

(9) *Ibid.*, p. 120.

(10) *Ibid.*, p. 130.

(11) Que las ideas avanzadas del Dr. Quix nienen que ser entendidas como una parodia de la extendida credibilidad en el progreso se pone de manifiesto cuando el Dr. Quix se refiere al ladrón que le ha robado a Sancho su nueva silla de montar en términos de «oxicéfalo» y «cloro-neurótico». De ahí que no se le deba meter en la cárcel sino en un «Establecimiento de Antropología Penal»; *vid. ibid.*, p. 146.

(12) Fundándose en el *Facundo* de Sarmiento, Alberdi define el estado de la civilización como seguridad del individuo. A la así definida civilización contraponen Alberdi la barbarie. *Vid.* Juan Bautista Alberdi, *Antología del pensamiento político americano*, ed. de Víctor Rico González, México, 1946, pp. 141-150; sobre la polémica con Sarmiento, *vid.* Juan Bautista Alberdi, *La barbarie histórica de Sarmiento*, Buenos Aires, 1964.

(13) Juan Bautista Alberdi, *Analogueo del pensamiento político americano*, ed. cit., pp. VII y XI.

(14) Juan Bautista Alberdi, *Escrios satíricos y de crítica literaria*, ed. de José A. Oriá, Buenos Aires, 1986, p. XXXVI.

(15) *Vid.* Emilio Carilla, «Alberdi: un arte social», *Universidad*, Santa Fe, núm. 44 (1960), p. 153; *vid.*, también, E. Carilla, *Alberdi, escritor*, Tucumán, 1987, pp. 75 y ss.

(16) Juan Bautista Alberdi, *Escrios satíricos y de crítica literaria*, ed. cit., p. 135.

(17) *Ibid.*, p. 185.

(18) *Ibid.*, pp. 137-140.

A Lizardi le interesaba el problema de la lectura, punto central del *Don Quijote*. En su novela *La Quijotina y su prima* (1818), que ya en el título queda reflejada su referencia al *Don Quijote*, la protagonista femenina está caracterizada por leer demasiado, así como le ocurre a la posterior *Madame Bovary* de Flaubert. Debido a su educación errónea no está en condiciones de diferenciar en sus libros lo bueno de lo malo. Las novelas la llenan de imaginaciones fantasiosas que le distorsionan su percepción de la realidad. Ella se tiene por la versión femenina del don Juan y cree poder escapar de su entorno a través del matrimonio con un marqués. Siete estudiantes amigos de su prima le dan el apodo de «Quijotina», cuando en realidad ella se llama Pomposa; uno de ellos, con el sobrenombre de Sansón Carrasco, argumenta así: «Don Quijote era un loco y doña Pomposa es otra loca. Don Quijote tenía muy lúcidos intervalos en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballería; doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversación; pero delira en tocándolo sobre puntos de amor y de hermosura» (6). Pomposa, sin embargo, se niega a aceptar este apodo ya que ella no considera que esté loca. Finalmente, decide hacer un peregrinaje como eremita, estimulada por las leyendas de santos. Se ponen así de manifiesto los paralelismos con la primera salida de don Quijote cuando la madre de Quijotina quema todos los libros de santos después de que la hija emprendiera el camino de la soledad.

Destaca, por tanto, que el autor —el primero que a comienzos del siglo XIX escribe novelas en una Latinoamérica recién independizada de España—, no sólo en su justificación del realismo sino también en el uso de las técnicas narrativas y en la elección de la temática, se oriente conscientemente y en numerosas ocasiones en el *Don Quijote* y así lo expresa explícitamente.

Aplicación latinoamericana: Febres Cordero y Alberdi

Ya en el prólogo al *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*, de Tulio Febres Cordero, y aparecido por primera vez en 1905, se pone en evidencia que su intención difiere de la de Lizardi. Él quería escribir una obra en la que la historia, la tradición y los mitos de Latinoamérica, especialmente de Venezuela, ocuparan el centro de interés. Quería también utilizar el modelo de Cervantes, pero refiriéndose a su presente. En eso no perseguía básicamente fines literarios sino más bien patrióticos. Señaló que con su narración quería oponerse a las ideas de progreso, al desprecio de los criollos y a la imitación esclava de todo lo extranjero. Nos encontramos aquí ante un libro entretenido con una clara referencia temporal.

De ahí que don Quijote tenga que aclarar a Sancho desde el principio que ahora viven en otro país y en otra época y que tienen que acostumbrarse a un país en el que los conceptos de honor y galantería han sido sustituidos por los de progreso y libertad. Es esta la razón por la que no quiere perder el tiempo pensando en una Dulcinea: «la dama de mis pensamientos, la reina y señora de mi voluntad es únicamente la gran idea, la idea santa y esplendorosa del progreso moderno» (7). Por su parte, Sancho le asiste como secretario, como ayudante en un laboratorio químico, como editor de sus libros y, finalmente, como acompañante. El mismo don Quijote se da un nuevo nombre y se plantea una nueva misión: «Yo soy el doctor Alonso Quix, caballero de la orden del Progreso, ciudadano cosmopolita, instructor y mecenas del pueblo, y reformador de viejas costumbres» (8).

Quix no sólo cree en el progreso sino que también lo fomenta desarrollando él mismo un medicamento (cap. 8) o descubriendo un heliógrafo, el cual recoge rayos de sol por el día y brilla por la noche. La búsqueda de la sustancia que necesita para ello le hace viajar a las selvas tropicales americanas. Las experiencias que allí tiene se alternan con numerosos episodios y narraciones intercaladas. A su llegada a un pueblo latinoamericano saluda solemnemente al pueblo soberano de América que había conseguido liberarse del yugo de una servidumbre centenaria y del despotismo psicológico de unas tradiciones anquilosadas, acogiendo ahora más que nunca los ideales de la razón, la libertad y el progreso con todas las fuerzas (9). En Mapiche ven en él la personificación de estas ideas, ven a un «hombre superior, cosmopolita y habituado a la vida moderna en los grandes centros» (10). Significativamente, el hotel «Posada del fraile» se pasa a llamar ahora «Hotel Cosmopolita» en su honor (11). El final de la obra parece también ser una parodia clara sobre el progreso cuando el Dr. Quix realiza un experimento con el globo cautivo al que no consigue sujetar; Dr. Quix desaparece entonces con el globo en las alturas y desde entonces no se le ha vuelto a ver.

Aquí no se parodiaba, por tanto, un mundo de valores tradicionales y obsoletos como Cervantes vio que existía en los libros de caballerías, sino que más bien el objeto de la parodia era la idea de progreso que se propagó en numerosos escritos del siglo XIX. Como personificación del progreso aparecía don Quix en clara oposición con los demás habitantes de Latinoamérica, que tanto más le admiraban cuanto menos le entendían. La adaptación de Febres Cordero de los nombres, de los temas y de la constelación de figuras al

contexto latinoamericano del siglo XIX se basó, en primer lugar, en la idea de progreso introducida desde el extranjero, la cual desvirtuaba el sentido de la propia realidad.

La adaptación de Alberdi del *Don Quijote* se caracteriza también por ser una crítica social; sin embargo, él abogaba por la idea de progreso, admiraba todo lo extranjero y se opuso a las anquilosadas ideas de su propio país. Alberdi (1810-1884) estudió en Buenos Aires, emigró a Montevideo, donde ejerció como escritor hasta que después de un viaje por Europa, en 1843, se estableció como letrado. Escribió obras sobre la organización política y económica de Argentina, cuyas ideas fundamentales fueron tenidas en cuenta en el cambio político de Argentina del año 1880 y que a su vez le aportaron buena reputación. Sus *Cartas Quijotanas* reflejan su polémica con D. F. Sarmiento (12). V. Rico González describió a Alberdi como uno de los pensadores políticos más inteligentes y claros de América y como la persona que tuvo mayor influencia en la creación de la constitución argentina de 1853 (13).

Su modelo literario fue Larra: «Me llamo «Figarillo» porque soy hijo de «Figaro», es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido «Figaro», tampoco habría «Figarillo»: yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra» (14). Su manera de entender la literatura se caracterizó, como en Larra, por dos ideas básicas: por una parte, la literatura tenía que ser reflejo de la realidad, pero, por otra, también debía tener una función pedagógica (15).

El argentino Alberdi creía en el progreso; en su juventud identificaba todo lo anticuado con España, y tanto asociaba sus ideales con Francia, que incluso defendió galicismos como «jefe de obra». No obstante, apelaba a mostrar gratitud frente a la tradición española y frente a la moderna España liberal, a la que Latinoamérica le debía tanto. «Porque el españolismo y la libertad son para nosotros idéntica cosa» (16). Esto no le impide, sin embargo, glorificar la tradición española con el *Don Quijote* y ver en el presente sólo a Sancho: «Pues bien dos son los grados de Cervantes, y por lo tanto, de España: Don Quijote, el uno; Sancho, el otro. La España que pasó es Don Quijote. La España que vive hoy, y anda por las cuarenta, es Sancho» (17). Mientras que, por una parte, rechazaba la España de su tiempo haciendo referencia a Sancho, por otra, identificaba a sus contemporáneos latinoamericanos con caballeros andantes buscando el ideal de la libertad.

Según Alberdi, Latinoamérica no tiene pasado, se encuentra aún en mantillas. Por tal motivo, debe desarrollar todavía el sentido infantil de lo ridículo que surge de la oposición entre tradición y progreso. «Los pueblos americanos son hoy una especie de caballeros andantes que campean en la civilización del siglo XIX: su Dulcinea es la libertad (...). El ridículo rebosa por todas partes en la sociedad americana» (18). Lo ridículo resultaba del choque entre dos mundos: el medieval y el moderno que de repente y sin previa preparación había comenzado con la revolución. Según Alberdi, la antítesis entre dos civilizaciones no sólo se hacía patente en las instituciones o en las bibliotecas, sino en cada individuo. Por tanto, la comicidad ya habría surgido al haberse hecho perceptibles en el siglo XIX las tendencias de las épocas pasadas.

La obra de Alberdi *Peregrinación de la Luz del Día o Viaje y Aventuras de la Verdad en el nuevo Mundo* muestra tales ridiculeces. La narración se basa en los diálogos entre Lukian y Fontenelle; puede compararse con *Lettres persanes* de Montesquieu o con *Candide* de Voltaire, en el sentido de que ofrece el marco para numerosas reflexiones políticas y filosóficas. El mismo Alberdi acentuó que se trata sobre todo de «aventuras, experimentos, estudios de zoología moral por decirlo así, hechos sobre una sociedad que llama tanto la atención del siglo XIX» (19). El objeto de la sátira es la situación política de Argentina, para lo cual muchas grandes figuras de la literatura europea se trasladan al contexto latinoamericano. «Verdad», es decir, «Luz del día», viaja por el Nuevo Mundo y se encuentra con figuras literarias como Tartufo, Gil Blas o Basilio, ahora convertidos en bribones. Ella está buscando a los representantes de la vieja caballería española: el Cid, Pelayo y don Quijote.

El concepto de «locura», tan conocido en el *Don Quijote*, aparece por primera vez en referencia a la figura de «Verdad». A ésta se la toma por «loca» cuando, respondiendo a la pregunta de los aduaneros, les dice que su profesión es decir la verdad. La locura de don Quijote, el cual ocupa un amplio espacio en la novela, ha empeorado. En la obra aparece como un estimado líder político, y mientras que en Europa confunde molinos con gigantes como consecuencia de la lectura de libros de caballerías, aquí gobierna sobre los ciudadanos tan sólo en virtud de sus propios decretos promulgados por escrito. «Todo es para él la obra de su palabra; con tal que esa palabra esté escrita en papel oficial y en forma de decreto, la libertad y la victoria son hechos» (20), un hecho que aclara al lector la discrepancia contemporánea entre el texto de la constitución liberal y la realidad política. Si por un lado, el don Quijote de Cervantes se deja inducir, por medio de la lectura de las novelas de caballerías, a una falsa aceptación de la realidad, el Quijote americano, por otro lado, se vuelve loco con sus propios textos. Éstos, a su vez, resultan de sus lecturas de libros sobre los más recientes descubrimientos, proyectos social-políticos y teorías políticas.

Asimismo, comete un segundo error muy grave al diseñar el esbozo sobre su estado, al que llama «Quijotanía», y es que su electorado está compuesto básicamente por carneros.

La duda de su escudero sobre la madurez política de su pueblo la disipa refiriéndose a Darwin. De éste deduce que con una adecuada reducción del proceso de evolución por medio de una buena educación, los carneros, en un par de años y sin dificultades, serían capaces de llevar a cabo el mismo desarrollo que el que habían experimentado los monos antes que ellos. Con este ejemplo Alberdi señalaba la problemática de la tan extendida euforia de la educación.

Primeramente, Quijote funda sus colonias con tres departamentos, llama a sus animales colonos y convierte a sus ayudantes en intendentes. Cuando su criado, que va a ser nombrado secretario general, duda porque teme la burla de personas ajenas, don Quijote disipa rápidamente sus temores: «Toda la diferencia que separa el pueblo de "Quijotanía" de los otros pueblos cuya risa temes, es que los habitantes del nuestro son ciudadanos en forma de carneros, mientras los otros son carneros en forma de ciudadanos» (21). Como la votación en los plebiscitos se da con la palabra «mäh», el criado se da cuenta de que esto en francés significa «mais», es decir, una negación, pero entonces don Quijote le asegura que se trata de una forma derivada de la palabra inglesa «yes».

A la vista de estas mínimas aptitudes lingüísticas, las reflexiones de don Quijote se centran en la fundación de una academia del lenguaje, de tal manera que cuide la importante ciencia del silencio y en la que sólo podrá ser miembro aquel que pueda probar su analfabetismo con documentos fidedignos. Otras reflexiones tienen que ver con los medios con los que expandir el territorio de «Quijotanía», convertir a los indios y dominarlos. Finalmente, el «Código civil de la creación», ideado por don Quijote, sigue el sabio principio de crear sólo las reglas que ya se cumplen de todos modos y revestirlas con formulaciones respetables. Así, en el artículo 1 indica sobre las leyes: «La ley social o civil es la necesidad de todos, sentida y proclamada por uno solo. Este uno solo es el soberano, es el gobierno, es el legislador» (22). De esta manera, el don Quijote de Alberdi demuestra ser completamente razonable —como aquél de Cervantes— mientras reflexione sobre las consecuencias en el contexto de sus lecturas. No obstante, al contrario que el héroe de Cervantes, este don Quijote hombre de estado de Alberdi mira por su beneficio personal:

«una democracia de animales tímidos es una mina de oro amontonado y de poder sin límites, para el que la gobierna» (23). La locura de don Quijote se hace visible para el lector allí donde sus planes y sus decretos a servicio del progreso no cambian la realidad del rebaño de carneros. De esta realidad él sólo presta atención a aquello que va en consonancia con su mundo imaginario.

Que Don Quijote comparta esta locura con la mayoría de los políticos de Latinoamérica deja apreciar en el don Quijote político una sátira a la política del momento. Con ella, Alberdi ilustraba que veía amenazada la libertad de Latinoamérica tanto por la ignorancia como por el egoísmo. Don Quijote aparecía allí todavía más loco y menos encantador que su modelo europeo: «En Europa tomaba los molinos por gigantes, aquí toma los carneros por ciudadanos libres» (24). Se evidencia, por tanto, que Alberdi no se proponía realizar una imitación de la obra de Cervantes; se ciñe tan sólo a tomar los nombres de los protagonistas y, de vez en cuando, alude a algunos pasajes y escenas del *Don Quijote*, con las que ilustra una etapa importante del viaje de su protagonista principal «Luz del día» (25).

Al contrario que Lizardi, en Febres Cordero y Alberdi no prevalece el intento de orientarse en el *Quijote* de Cervantes. Éste, sin embargo, parece que es diferente ya que sus figuras y sus constelaciones de figuras, situadas en un nuevo contexto, realizan otras funciones. El mundo de los libros de caballerías ya no es el objeto de sátira: en Febres Cordero lo es la ciega confianza en la propaganda que viene de Europa sobre el progreso de las ciencias naturales y en Alberdi lo es la ciega creencia en la posibilidad de realización de reformas democráticas por medio de decretos basados en modernas teorías políticas. Alberdi y Febres Cordero parodian una inadecuada visión de futuro en el presente, mientras que Cervantes critica en su época una inadecuada orientación en el mundo de los caballeros andantes, que había quedado ya obsoleto hacía mucho tiempo.

C. S.—UNIVERSIDAD DE MÜNSTER

CHRISTOPH STROSETZKI / EL QUIJOTE...

(21) *Ibid.*, p. 170.

(22) *Ibid.*, p. 200.

(23) *Ibid.*, p. 170.

(24) *Ibid.*, p. 162.

(25) Referencias a la época se encuentran también en la obra *El Cristiano Errante* (Bogotá, 1847), de Antonio José de Irisarri (1786-1868). Como Cervantes, él también se dirige a su lector en el prólogo con el término de «desocupado», ya que, aun no leyendo más libros de caballerías, lo cierto es que desperdicia tanto más tiempo con la lectura de los periódicos y los discursos de los políticos.